

# *Facientes veracitatem*: veracidad y responsabilidad social universitaria\*

*Fecha de entrega: 28 de enero de 2020*  
*Fecha de evaluación: 25 de febrero de 2020*  
*Fecha de aprobación: 2 de marzo de 2020*

*Franklin Buitrago Rojas, O.P.\*\**

## Resumen

La verdad, entendida por Tomás de Aquino como la adecuación entre el intelecto y la realidad, forma, en aquel que la busca y la dice, una virtud moral denominada veracidad. Dicha comprensión de la verdad, epistemológica y moral, inspira una manera de entender tanto la pedagogía como la responsabilidad social universitarias. Este artículo desarrolla las relaciones entre epistemología realista, virtud moral y universidad, y muestra cómo la noción de veracidad ha servido de inspiración para las apuestas pedagógicas de la Universidad Santo Tomás.

**Palabras clave:** verdad, veracidad, responsabilidad social, universidad, Tomás de Aquino.

---

\* Este artículo nace de la intervención del autor en la Cátedra Mayor Tomás de Aquino celebrada en la Universidad Santo Tomás, sede Bogotá, los días 4 y 5 de mayo de 2018. Citar como: Buitrago Rojas, F. (2020). *Facientes veracitatem*: veracidad y responsabilidad social universitaria. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 41(123), 17-30. DOI: <https://doi.org/10.15332/25005375/5987>

\*\* Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Santo Tomás. Doctor en Teología, Universidad Católica de Lovaina, Magíster en Teología, Dominican College de Ottawa y Magíster en Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: franklin.buitrago.op@gmail.com

## *Facientes Veracitatem*: Truthfulness and University Social Responsibility

### Abstract

Truth, understood by Thomas Aquinas as the adequation of mind and reality, forges a moral virtue called truthfulness in those who seek it and speak it. Such an epistemological and moral account of truth inspires a certain way of understanding both university pedagogy and university social responsibility. This article expounds the relations between realistic epistemology, moral virtue, and universities, and shows how the notion of truthfulness has served as inspiration for the pedagogical commitments of the Santo Tomás University.

**Keywords:** Truth, Truthfulness, Social Responsibility, Universities, Thomas Aquinas.

La problemática filosófica en torno a la verdad (¿qué es la verdad?, ¿cómo se produce o dónde se halla?, ¿qué criterios la determinan?) es abordada generalmente dentro del área de la epistemología y la teoría del conocimiento. Es conocido que la tradición epistemológica que se deriva del pensamiento de Tomás de Aquino define la verdad como *adæquatio rei et intellectus* (*De veritate* q. 1 art. 1) Sin embargo, con frecuencia, se pierde de vista que la verdad para el Aquinate no es solo un criterio epistemológico de adecuación entre la mente y la realidad. Tomás, siguiendo el pensamiento aristotélico, explica que la verdad forma una virtud, es decir, un *habitus*, denominado “veracidad”.

En otro sentido, puede llamarse verdad a aquello por lo que alguien la dice y, según esto, por ella decimos que uno es “veraz”. Tal verdad o veracidad es necesariamente una virtud, porque el mismo hecho de decir verdad es acto bueno. Ahora bien: la virtud es la que hace bueno a quien la tiene y también buenas sus obras. (ST, II-IIae q. 109 art. 1)

A partir de esta otra dimensión de la verdad, entendida como virtud, se comprende el título de este artículo: *facientes veracitatem*. En la universidad no solo buscamos ser

hacedores o buscadores de la verdad (*facientes veritatem*)<sup>1</sup> sino ayudar a forjar en las personas el hábito de la veracidad. La tesis que quiero proponer es que una universidad inspirada en el pensamiento de Tomás de Aquino debería asumir como dimensión prioritaria de su responsabilidad social la tarea de forjar en sus estudiantes el hábito de la veracidad.

## La veracidad

Tomás afirma que la veracidad es aquella virtud por la que una persona habla o actúa de acuerdo con la verdad de las cosas (ST, II-IIae q. 109). Partiendo de una epistemología realista, el Aquinate explica que el intelecto humano está dirigido a encontrar la verdad de las cosas, es decir, a comprender su naturaleza, sus primeros principios, sus causas y sus fines. El intelecto humano está en tensión permanente hacia fuera de sí mismo porque busca adecuarse a las realidades que encuentra en el mundo.

La verdad está en la mente, pero es intencional, es decir, se refiere a lo real. Esa referencia se explica como adecuación, o conmensuración, del entendimiento con lo real. De aquí que la verdad sea, en primera instancia, el objeto intencional que forma el acto de conocer para “hacerse” con la realidad. (Selles, 2016, p. 46)

A partir de esa primera adecuación del intelecto a la cosa, el ser humano genera palabras y acciones que responden a la verdad encontrada en la realidad. Mis afirmaciones sobre una realidad pueden ser coherentes o no con la realidad que mis sentidos y mi intelecto han identificado y comprendido. Es decir, la veracidad implica una coherencia entre el interior y el exterior de la persona, entre su inteligencia y la realidad que la rodea, entre sus ideas y sus palabras, entre sus convicciones y sus actos.

Si el primer nivel de la verdad implica sobre todo a las facultades del intelecto, el *habitus* de la veracidad implica también a la voluntad. Para ser veraz se requiere tener la voluntad firme y duradera de decir la verdad y actuar de acuerdo con ella. Implica un amor a la verdad por encima de las dificultades o los miedos que pueda causar el hablar o actuar conforme a esa misma verdad. Ser una persona veraz implica no limitarse a decir la verdad cuando resulta agradable para sí mismo o para los demás, ni silenciarla cuando parece desagradable o inconveniente. La veracidad tiene una

---

1 Cabe recordar que *Facientes veritatem* es el lema que aparece en el escudo de la Universidad Santo Tomás.

relación con la virtud cardinal de la fortaleza que implica, precisamente, la capacidad de perseverar en el bien y resistir ante el mal.

Más se ama a sí que a la verdad el que no quiere defender la verdad contra sí; así, es manifiesto que más se ama a sí que a la verdad el que no defiende la verdad ante los adversarios, porque quiere la paz para sí. (*Contra impugnantes*, pars 4, c. 2, ad. 5)

Como las demás virtudes, en la perspectiva del Aquinate, la veracidad no solo consiste en obedecer reglas morales o en poseer buenos sentimientos. La veracidad implica una disposición para la acción y se corrobora en actos concretos (ST, II-IIae q.110 a. 1-2). Tomás distingue entre el entendimiento especulativo y el entendimiento práctico: mientras que el objeto propio del entendimiento especulativo es la verdad, el objeto propio del entendimiento práctico es *la verdad referida a la obra* (*De Veritate*, q 22, a. 10, ad. 4). La veracidad implica entonces conducta recta, actuación sincera, obrar con coherencia.

El engaño producido por el falseamiento del lenguaje tiene más que ver con la vida práctica del hombre que con su vida especulativa [...] cuando alguien es acusado de mentiroso, lo que se le reprocha no es que no sepa, o que no esté lo suficientemente informado de un determinado asunto, sino que se le acusa de mala voluntad, de que, sabiendo lo que dice, no dice lo que sabe; y ello con el propósito de engañar, o de privar a otro del conocimiento de una verdad a la que tiene derecho. (García López, 2001, p. 110)

Podemos decir también que la veracidad no constituye solo un problema moral. La veracidad es requisito esencial para la autenticidad; es necesaria en toda actitud que arraigue y constituya el fondo de la personalidad. Solo al vivir en la veracidad el ser humano llega a ser él mismo, porque solo a través de esta se puede forjar un verdadero carácter y una personalidad auténtica. Cuando el hombre traiciona la veracidad pierde el fondo de su mismidad. Por eso, la decisión entre la *veracidad* y la *mendacidad* corre paralela a la elección entre el bien y el mal: es la decisión entre el ser uno mismo o el no tener consistencia. De aquí que la educación para la veracidad sea “el decisivo punto de partida para llevar al hombre a su mismidad, a su ser él mismo” (Bollnow, 1960, pp. 239-240).

Aquí se cumple el principio clásico según el cual las virtudes no solo hacen buenos nuestros actos sino que nos hacen buenos a nosotros mismos. La acción virtuosa no se hace, en primer lugar, para obtener un buen resultado o merecer un premio. Esta contribuye a la plenitud del ser humano que despliega sus potencialidades y encuentra en ello su felicidad (*eudaimonia*, *beatitudo*). De este modo, no son solamente mis palabras las que son verdaderas; soy yo mismo el que me voy haciendo verdadero o falso con la autenticidad de mis palabras y mis actos. Lo contrario a una persona veraz es una mendaz. Pero la mendacidad es más que decir una mentira. El mendaz hace de la distorsión de la realidad una falsa verdad con la que trata de convencerse a sí mismo y a los demás. La mendacidad encamina hacia una vida inauténtica o falseada. En la experiencia concreta, vemos que la mendacidad nace del temor, la inseguridad o la incapacidad para sobreponerse a la presión del entorno social. Por eso, una vida de acuerdo con la verdad requiere de una voluntad firme y constante de buscar el bien.

También debemos recordar que para Tomás la veracidad, como todas las virtudes, debe estar guiada en su ejercicio por la prudencia y la caridad (esta última entendida como el amor cristiano). La veracidad debe buscar el bien de las otras personas y el bien común. Las mayores verdades arrojadas como piedras en un momento de ira pueden destruir o hacer más daño que bien. La veracidad como virtud implica un justo medio: no decir ni más ni menos de lo que está en la realidad; ni más para embellecer o aparentar, ni menos para empobrecer la verdad sobre los demás, sobre las cosas o sobre mí mismo. Hablar con la verdad implica una justa medida en las palabras.

## Educación en la veracidad

En el ser humano existe una tendencia natural hacia la búsqueda de la verdad, sin embargo, la veracidad no es una virtud que poseemos de manera espontánea sino que se forma a partir del esfuerzo moral. La veracidad implica el esfuerzo de superar continuamente la ambigüedad, de lograr una mayor coherencia y de conquistar la autenticidad propia. La veracidad requiere un trabajo interno, reflexivo, voluntario; pero también necesita de la adecuación de nuestro intelecto con la realidad que se nos presenta. En este ejercicio de adecuación, interpelación, cuestionamiento y respuesta, que involucra el intelecto y la voluntad, está la clave para la formación del hábito de la veracidad.

El dominico colombiano José de Jesús Sedano elaboró a partir de estas intuiciones tomasinas un horizonte pedagógico que ha guiado durante varias generaciones el proyecto educativo de la Universidad Santo Tomás (USTA) (Sedano, 2002). Según este horizonte pedagógico, el contacto con la realidad nos transforma, suscita en nosotros cuestionamientos y preguntas, nos lleva a buscar respuestas a partir de lo que conocíamos previamente, a indagar en lo que otros han descubierto, para dar, finalmente, una respuesta personal. El padre Sedano habla de una “pedagogía de la respuesta” como concreción educativa de las ideas del Aquinate.

Según el padre Sedano, tanto la realidad que nos rodea, como los otros que nos interpelan, constituyen una pregunta a la que respondemos con nuestra propia vida. La tarea de la educación es ayudar al estudiante a responder de la manera más libre y auténtica posible, a no evadir las preguntas que la realidad le plantea, ni a copiar las respuesta de otros. De este modo, la educación le ayuda al estudiante a llegar a ser quien realmente es, a desplegar sus potencialidades, a tener una coherencia de vida y a dar una respuesta auténtica a su contexto (Sedano, 2002). Este sería, en síntesis, el camino tomasino para educar en la veracidad.

La búsqueda de transformación de las personas, a partir del contacto con realidades que interpelan profundamente e invitan a responder, es la intuición fundamental que ha guiado, desde hace años, a la USTA en la creación de escenarios educativos, como los llamados Centros de Proyección Social, donde estudiantes y docentes pueden entrar en contacto con otras realidades, con diversos interlocutores, con otras preguntas, especialmente con realidades de vulnerabilidad, pobreza y exclusión de nuestro país (USTA, 2015, p. 15).

La propuesta pedagógica de la USTA considera que este contacto con la realidad es tan formativo como lo que sucede dentro del aula y se articula con lo que se aprende en esta. En dichos escenarios de interpelación y respuesta el estudiante va forjando una identidad como profesional de cara a la realidad; allí los aprendizajes teóricos y las habilidades profesionales desarrolladas en el aula de clase se convierten en *habitus*, es decir, en capacidades operativas concretas que posibilitan asumir los roles y las responsabilidades sociales propias del ejercicio profesional. La experiencia muestra que estos escenarios educativos logran sus mejores resultados cuando encuentran docentes y estudiantes con actitudes y aptitudes de apertura mental, disponibilidad

para dejarse interpelar, cuestionar y transformar por realidades de otros contextos. Esas actitudes y aptitudes caracterizan al discípulo de la verdad, a la persona veraz.

Algunas veces se piensa que la responsabilidad social universitaria consiste en realizar “obras sociales” (por no decir “caritativas”) que tienen como destinatarios a personas en situación de vulnerabilidad. Es importante recordar que el primer ámbito de responsabilidad social de la universidad son sus propios estudiantes. El servicio primordial que ella presta a una sociedad consiste en la transformación pedagógica de los miembros de su propia comunidad académica, al forjar en docentes y estudiantes hábitos de veracidad, responsabilidad, autenticidad y competencia profesional. En este sentido, el lema de la USTA: *Facientes veritatem* puede comprenderse como enunciado de una tarea urgente e importante de toda institución universitaria: ser hacedores de veracidad.

Esta conciencia particular de la responsabilidad social universitaria es evidente en el contexto de una propuesta pedagógica como el humanismo cristiano que caracteriza a la USTA, que “se reconoce a sí misma en diálogo y en búsqueda frente al sentido de lo humano y al sentido de la totalidad de la realidad” (Buitrago Rojas, 2017, p. 206). Otras apuestas pedagógicas que pretenden separar lo científico de lo moral, lo profesional de lo humanista, no entran en estos temas o se concentran en la formación de profesionales competentes para el mercado laboral, sin profundizar en las dimensiones humanas y sociales del conocimiento o en el ejercicio de inculcar hábitos de cuestionamiento, pregunta y respuesta ante la realidad.

Este contraste con los modelos antropológicos y epistemológicos que sustentan otras propuestas educativas, el de la USTA muestra que *una concepción de la verdad conlleva también una visión pedagógica* y, por ende, una idea de universidad. En esta medida, el lema *facientes veritatem* no consiste solo en el esfuerzo por replicar en el estudiante conocimientos teóricos o competencias profesionales medibles en una evaluación, sino en la formación de hábitos que permitan desarrollar una vida de acuerdo con la verdad, es decir, en la formación de mujeres y hombres verdaderos y veraces.

## Transmitir la verdad

Como consecuencia natural de esta primera dimensión de la responsabilidad social de la universidad con los miembros de su propia comunidad académica, se comprende

el impacto de esta más allá del ámbito universitario, es decir, en otras comunidades y medios socioculturales a nivel regional y global. La transformación del estudiante por el contacto con la realidad implica también una respuesta que parte de competencias humanas y profesionales ante la realidad social que lo interpela, ante las cuales su respuesta debe estar caracterizada también por la veracidad. Es allí donde el estudiante hace concreta la definición de veracidad en su vida profesional: hablar y actuar de acuerdo con la verdad. Para formar esta dimensión de la veracidad es necesario tener en cuenta, una vez más, que las competencias del profesional no se refieren solamente a conocimientos teóricos o capacidades técnicas. Hablar y actuar de acuerdo con la verdad implica el desarrollo de competencias específicas, hábitos y virtudes, para las relaciones interpersonales, el liderazgo y la animación de comunidades y equipos de trabajo.

Con frecuencia, la voluntad de perseverar en la veracidad, en la coherencia y la autenticidad, implica tomar postura, orientarse por criterios, entrar en diálogo con otros desde un lugar específico y asumir responsabilidades y compromisos. La veracidad, en este sentido, se opone a la indiferencia. Entre los vicios que se oponen a la virtud de la veracidad, Tomás enumera la mentira y la hipocresía. A estos vicios podríamos añadir la indiferencia, muy común en nuestro tiempo.

Otra manera de presentar las repercusiones sociales que tiene para el Aquinate la virtud de la veracidad es recordar su lugar dentro del esquema de la *Suma teológica*. Todas las virtudes están organizadas y coordinadas bajo una de las cuatro virtudes cardinales. La veracidad hace parte de las virtudes que corresponden al ámbito de la justicia porque, para Tomás, la verdad es un bien común y por ende es algo que le debemos a los demás. Hablar y actuar con veracidad hace parte de la justicia, es decir, del “darle a cada cual lo que le corresponde” (ST, II-IIa, q. 58, a. 1).

Haciendo eco de esta intuición de Tomás podemos afirmar que, en efecto, la convivencia humana no es posible cuando no podemos fiarnos los unos de los otros como personas que dicen la verdad. Nuestras relaciones interpersonales y nuestra existencia social reposan, en último término, sobre esta confianza mutua en que el otro dice la verdad.

Con la veracidad tiene que ver también la lealtad, que nos inclina a mantenernos fieles, y a refrendar con nuestra conducta toda (y no solo con el uso



del lenguaje) los compromisos que hemos asumido, no solo con respecto a la palabra dada, sino también con respecto a la verdad, a la justicia y a la verdadera amistad, que es la que busca el auténtico bien del amigo. La lealtad es como una prolongación de la veracidad, como una extensión de esa virtud a todos los ámbitos de la vida práctica. (García López, 2001, p. 110)

Pensemos, por ejemplo, en contextos como la vida en pareja, la familia, una comunidad o una asociación, un Estado o el funcionamiento de la justicia y de la legalidad: el funcionamiento de todos reposa sobre un principio de confianza en la veracidad de los demás. De igual modo, cualquiera de estas relaciones o formas de asociación se deteriora o llega a hacerse inviable cuando la confianza en la veracidad desaparece.

La virtud de la veracidad, por consiguiente, no es solo un problema epistemológico o un asunto de moral privada, esta tiene un impacto social de gran relevancia. Está relacionada estrechamente con valores como la honradez, la fidelidad y la honestidad. Su ausencia se manifiesta en la corrupción, la injusticia y la infidelidad. Con frecuencia se señala a figuras públicas o a gobernantes de los Estados como ejemplos de los vicios contrarios a la veracidad. En realidad, con frecuencia, encontramos estos mismos vicios de las figuras públicas difundidos en todo el conjunto social, tanto en dinámicas de relación y mentalidades como en formas de acción a todo nivel. Generalmente, el actuar de los gobernantes de un pueblo refleja las virtudes y vicios sobresalientes en el cuerpo social al que pertenecen. Por eso resulta tan importante la tarea de fomentar la veracidad desde las instituciones universitarias, a partir de lógicas y valores más coherentes con la verdad.

En diversos ámbitos se ha acuñado el neologismo “posverdad” para designar la distorsión deliberada de una realidad con el objetivo de manipular a la opinión pública con emociones y creencias personales (Amón, 2016). Aceptar dicha idea dentro del mundo académico implica desistir de la confianza en la existencia de la verdad y en la posibilidad de encontrarla. Sin compromiso con la verdad, es muy difícil que haya justicia dentro de una sociedad. Por eso, el relativismo ante la verdad tiene un impacto social de carácter negativo.

En su introducción a la cuestión sobre la veracidad en la *Suma teológica*, Niceto Blázquez propone una aplicación interesante de esta cuestión frente a la problemática de la objetividad informativa de los medios de comunicación (Blázquez, 1994, p. 192).

Una opinión generalizada entre los profesionales de los medios de comunicación es que la objetividad informativa en los medios de comunicación sería prácticamente imposible. Según Blázquez, la distinción que hace Tomás entre verdad objetiva o científica y verdad subjetiva o veracidad ayuda a dilucidar dicha problemática. Tomás explica que a la *verdad científica* se opone la *falsedad* (ST, I q. 16-17), mientras que a la *verdad subjetiva* se opone la *mentira* (ST, II-IIae q. 109-113). El reconocimiento honesto de las limitaciones humanas para lograr la verdad objetiva no dispensa reconocer la importancia capital de *evitar la mentira*.

Un mínimo de objetividad informativa es siempre posible, y el informador está obligado en conciencia a buscarla. Si, dadas las circunstancias, ese mínimo de objetividad resultara inalcanzable, desaparecería la obligación de informar, ya que nadie puede informar de lo que no sabe [...] al ideal de objetividad no se puede renunciar jamás, y es esa actitud fundamental la que cohonesta moralmente los posibles errores y equivocaciones materiales, dando así paso a la veracidad, que nos libera de la mentira formal, tal como es definida por santo Tomás. (Blázquez, 1994, p. 193)

En este campo concreto se ven las implicaciones que tiene una apertura a la verdad fundamentada en la confianza en la razón humana para acceder a la realidad, como la que se manifiesta en la propuesta filosófica de Tomás de Aquino. Es dentro de este horizonte epistémico y ético que cobra todo su valor la propuesta del Aquinate.

## Veracidad, solidaridad y amistad

Comprender la verdad como un bien común también nos ayuda a entender de una manera renovada la relación entre academia y solidaridad. Un ejercicio universitario de espaldas a la realidad, que ignore el contexto, está faltando a su razón de ser. La veracidad implica la búsqueda de soluciones reales a las problemáticas existentes en la realidad social. La verdad entendida como virtud tiene una dimensión de compromiso, donde el discípulo de la verdad se pone al servicio de la realidad que descubre. En un documento de reflexión construido por el Grupo Sentipensante de la Unidad de Proyección Social de la USTA, esta dinámica de compromiso con la realidad se denomina “el cara y sello de la proyección social” (Arias Agudelo, 2017). Esta dinámica invita al estudiante a descubrir en los espacios de responsabilidad social promovidos

por la universidad que la veracidad, entendida como servicio al bien común, necesariamente genera solidaridad.

Alberto Magno, el gran sabio del siglo XIII, maestro de Tomás de Aquino, describía la vida de su orden con estas palabras: *In dulcedine societatis, quaerere veritatem* ('En la alegría de la comunidad, buscar la verdad'). La verdad se hace con el otro, con los otros (Congar, 1989). Por ello, la búsqueda de la verdad implica solidaridad, en primer lugar, con el otro que también está en búsqueda y, en segundo lugar, frente a la realidad que nos interpela. No hay nada más opuesto a este ideal educativo que la caricatura del intelectual solitario, encerrado en su torre de marfil, en su ciencia que pocos entienden, cultivando el saber por puro placer individual. Como dice el proyecto educativo institucional (PEI) de la Universidad Santo Tomás, parafraseando las Constituciones de la Orden de Predicadores: "Se estudia principalmente para ser útiles al prójimo" (USTA, 2004, p. 50).

En este sentido, la USTA ha entendido el diálogo interdisciplinario y transdisciplinario como una solidaridad entre los saberes y las disciplinas en el comprender y dar respuesta a las realidades humanas y sociales de nuestro contexto. ¿En qué se encuentran el estudiante de ingeniería, el de derecho y el de cultura física que van a un mismo centro de proyección social? En la solidaridad de su servicio de cara a una comunidad que tiene múltiples dimensiones, problemáticas y necesidades a las que cada cual aporta desde su formación y experticia profesional.

Evidentemente, pensar una propuesta universitaria donde las relaciones de solidaridad son la base y el motor del ejercicio académico es algo que contradice muchas prácticas habituales del mundo universitario y profesional, caracterizado por la competencia permanente, la desconfianza y la rivalidad. Es necesario forjar estructuras que favorezcan relaciones de solidaridad, confianza e, incluso, de amistad entre los miembros de la comunidad académica. Tomás explica que la veracidad es condición para que pueda existir la amistad y, a su vez, el hábito de ser veraz se ve favorecido por la amistad. Como ya explicamos, la veracidad está en relación estrecha con la confianza. Es dentro de una relación de amistad y de confianza donde docentes y estudiantes pueden aprender a ser veraces.

El filósofo escocés Alasdair MacIntyre (1981), uno de los pensadores contemporáneos más conocidos en el redescubrimiento de la ética de las virtudes, plantea la necesidad

que tenemos en nuestras sociedades modernas burocráticas y masificadas, caracterizadas por un *ethos* profundamente individualista, de forjar comunidades donde sea posible vivir, enseñar y aprender las virtudes; donde se presenten modelos y narrativas colectivas que promuevan la convivencia comunitaria, la confianza recíproca y la amistad. Es significativo que Tomás afirme en su comentario a la *Ética Nicomaquea*: “Cuando las palabras de alguien disuenan de las obras que en él se manifiestan de una manera sensible, tales palabras dejan de ser dignas de crédito y, en consecuencia, viene a quedar sin valor la *verdad* en ellas expresada” (EN X 1, pp. 8-9).

¿Cómo pensar nuestras facultades, nuestras aulas de clase y nuestros semilleros de investigación como experiencias de ese tipo de comunidades donde la veracidad sea posible? ¿Cómo pensar nuestros espacios de bienestar universitario, de proyección social y de desarrollo estudiantil como espacios que favorezcan el contacto con la realidad del otro, el diálogo, la responsabilidad compartida y la autenticidad?

Las relaciones que se generan al interior de la comunidad universitaria modelan en gran medida el tipo de relaciones que docentes y estudiantes establecen en sus ámbitos de ejercicio profesional. Cuando hacemos presencia como universidad en ambientes de escasos recursos encontramos, con frecuencia, comunidades fracturadas por la violencia, la corrupción, el abuso de poder, la desinformación, la polarización política y la desigualdad en las oportunidades. Más allá de los proyectos sociales y de las obras puntuales, un aporte fundamental que pueden brindar los actores de la comunidad universitaria es fomentar relaciones interpersonales basadas en la confianza y en la veracidad. Convocar personas, motivarlas, organizarlas, capacitarlas y empoderarlas puede ser una manera de promover en esas comunidades relaciones nuevas basadas en hábitos de transparencia y solidaridad.

## Veracidad y testimonio

Por último, en el contexto del diálogo interdisciplinario, quisiera brindar un aporte desde el campo específico de la teología, que concibe a la verdad como auto-implicativa. La verdad de la fe transforma en primera medida a quien la proclama, porque es *testimonial*. No se debe olvidar que Tomás de Aquino escribió sus reflexiones sobre la verdad y la veracidad desde su labor como teólogo. El hábito que permite adherirse a la verdad del Evangelio es la virtud teologal de la fe, que implica tanto al entendimiento como a la voluntad:

Dado que el creer es un acto del entendimiento que se adhiere a la verdad bajo el impulso de la voluntad, para que ese acto sea perfecto se requieren dos cosas: primera, que el entendimiento tienda de manera infalible a su propio bien, que es la verdad. Segunda, que se ordene también infaliblemente al último fin en virtud del cual asiente la voluntad a la verdad. Esas dos cosas se dan en el acto de fe formada. (ST, II-IIae q. 4, art. 5)

La fe formada implica entonces adhesión del entendimiento y de la voluntad a aquella verdad que el creyente descubre como su propio bien. La fe del cristiano implica una respuesta personal a Aquel que dijo “Yo soy la Verdad” (Jn 14,6). Ser creyente y ser teólogo implica una relación *personal* con la *Verdad*. Implica también un actuar liberador porque el mismo Cristo afirmó: “la verdad os hará libres” (Jn 8,32). La verdad de la fe, por excelencia, necesita del testimonio para manifestarse, es decir, precisa tanto de la profesión de fe del creyente como de una coherencia de vida (en cuanto verdad liberadora) para ser creíble.

Desde esta dimensión testimonial propia de la verdad, que Tomás conoció a profundidad por su vocación de teólogo, cada uno de nosotros puede sentirse interpelado a preguntarse desde el contexto del campo profesional en el que se está formando o en su labor dentro de la universidad: ¿cuál es nuestra relación con la verdad? ¿Cuáles acciones, sueños de futuro, utopías, actitudes y prácticas liberadoras conlleva esa verdad? ¿Qué significa, como educador, como filósofo, como ingeniero o como ciudadano, hacer de la verdad un hábito?

## Referencias

- Amón, R. (2016, noviembre 17). ‘Posverdad’, palabra del año. El País. Recuperado de [https://elpais.com/internacional/2016/11/16/actualidad/1479316268\\_308549.html](https://elpais.com/internacional/2016/11/16/actualidad/1479316268_308549.html)
- Aquino, T. (2001). De la verdad. En *Opúsculos y cuestiones selectas I. Filosofía* (pp. 187-282). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Aquino, T. (2001). El maestro. En *Opúsculos y cuestiones selectas I. Filosofía* (pp. 285-335). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Aquino, T. (2005). *Suma teológica, II-II, cuestiones 109 y 110. Filosofía*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

- Aquino, T. (2007). Contra los detractores de la vida religiosa. En *Opúsculos y cuestiones selectas iv. Teología (2)* (pp. 385-684). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Aquino, T. (2014). *Comentario a la Ética a Nicómaco de Aristóteles*. Navarra: Eunsa.
- Arias Agudelo, J. E. (2017). Cara y sello de la proyección social en la Universidad Santo Tomás. *Revista Optantes*, 40, 25-40.
- Aristóteles. (2012). *Obras completas*. Madrid: Gredos.
- Blázquez, N. (1994). Tratado de las virtudes sociales. En Tomás de Aquino, *Suma de teología iv* (pp. 183-194). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Bollnow, O. F. (1960). *Esencia y cambio de las virtudes*. Madrid: Revista de Occidente.
- Buitrago Rojas, F. (2017). La facultad de teología dentro de una universidad de estudios generales. *Revista Albertus Magnos*, 8(2), 198-211.
- Congar, Y.-M. (1989). *In dulcedine societatis quaerere veritatem*. Notas sobre el trabajo en equipo en San Alberto y en los Predicadores del siglo XIII. *Analogía Filosófica*, 3(1), 75.
- García López, J. (2001). *Metafísica tomista. Ontología, gnoseología y teología natural*. Navarra: Eunsa.
- MacIntyre, A. (1981). *After virtue*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Universidad Santo Tomás (USTA). (2004). *Proyecto educativo institucional*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Universidad Santo Tomás (USTA). (2015). *Documento macro de proyección social*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Sedano, J. J. (2002). *Pedagogía de la respuesta*. Bucaramanga: Universidad Santo Tomás.
- Selles, J. F. (2016). Estudio preliminar: el perfil y el contenido del *De Veritate*. En A. González, J. F. Selles, M. I. Zorroza (eds.), Tomás de Aquino, *Cuestiones disputadas sobre la verdad* (pp. 43-86). Navarra: Eunsa.

